

**Domingo de Ramos  
Ciclo B**



24 de marzo de 2024

Is 50, 4-7

Sal 21

Flp 2, 6-11

Mc 14, 1-15,47

*P. Eduardo Suanzes, msps*

La gente extendía sus mantos por el camino. Otros, dice el evangelista, con ramas traídas del campo, las tendían sobre el suelo para que pasara sobre ellas aquel pollino que llevaba sobre sus lomos al Señor. Así, entre las aclamaciones y la euforia de las gentes, entró Jesús en Jerusalén. Aquel día los apóstoles se sintieron más orgullosos que nunca de su Maestro pues, por fin, toda la gente hablaba bien de ellos, se había extendido la fama y el poder de sus milagros y había llegado ya el reconocimiento público de aquel que era del linaje real de David. Viendo a casi toda la ciudad de Jerusalén aclamando al Maestro de aquella manera, los discípulos pensaron que, por fin, había llegado el momento de hacer carrera y decidirse ya de una vez a seguir a aquel Maestro que tan buen futuro parecía prometer.

Así sería tu sentimiento, el mío... Se respira un clima de alegría. Jesús ha despertado en el corazón tantas esperanzas...; sobre todo entre la gente humilde, simple, pobre, olvidada, esa que no cuenta a los ojos del mundo.

Él ha sabido comprender las miserias humanas, ha mostrado el rostro de misericordia de Dios y se ha inclinado para curar el cuerpo y el alma.

Este es Jesús. Este es su corazón atento a todos nosotros, que ve nuestras debilidades, nuestros pecados. El amor de Jesús es grande. Y, así, entra en Jerusalén con este amor, y nos mira a todos nosotros.

Pero ¿qué pasaría por el corazón de Jesús? La gente no lo sabía, por más veces que Jesús lo había explicado: Él iba a Jerusalén para morir, para que le mataran; para ser humillado, despreciado, escupido, torturado y, por fin, crucificado.

Sus discípulos siguen sin darse cuenta porque si no... ¿a qué esta fiesta? Pero Jesús lo consiente, es más, lo quiere: desea entrar en Jerusalén de esta forma y por eso él lo prepara todo. Él quiere que veamos, que grabemos en nuestro corazón que ese que dentro de cinco días morirá es, efectivamente, nuestro Rey y Señor. Los discípulos no se dan cuenta todavía: con la venida del Espíritu atarán cabos y comprenderán.

Nosotros ya lo sabemos. Sí, alegría porque viene nuestro Señor y Rey. Pero, ojo, su trono será la cruz. Y Jesús en la cruz siente todo el peso del mal, y con la fuerza del amor de Dios lo vence, lo derrota en su resurrección. Este es el bien que Jesús nos hace a todos en el trono de la cruz. La cruz de Cristo, abrazada con amor, nunca conduce a la tristeza, sino a la alegría, a la alegría de ser salvados y de hacer un poquito eso que ha hecho él aquel día de su muerte.